

LA CARTERA
AZUL

Seguramente tropezarás con aquello que no te guste u odies, pues cuando odiamos algo, fabricamos una imagen vívida de ello en el subconsciente, lo cosificamos.

Florence Scovel Shinn, *Your Word is Your Wand* (1928)*

1

Quería más a Jenny en esos momentos en que, sentado a su lado mientras veíamos películas sentimentales, desviaba la mirada de la gran pantalla, donde la hermosa actriz estaba a punto de dejar a su pareja para siempre, y veía a Jenny derecha en su asiento, con los negros ojos como botones concentrados en la película sin parar de mascar chicle con el semblante serio, y yo le pasaba el dedo bajo los ojos para confirmar que tenía la cara húmeda, que Jenny lloraba por las personas que aparecían en la pantalla, un llanto de felicidad perfectamente plácida por una debacle que jamás había sucedido; y yo sabía que, terminada la película, Jenny olvidaría haber llorado, aunque se sentiría refrescada por las lágrimas. ¡Qué inofensivo era todo aquello! A veces yo mismo, cuando la actriz me recordaba mis propios fracasos, me veía escaldado por una única y pesada lágrima; pero esta sensación no me convenía y tenía que pasarle el dedo a Jenny por el párpado mojado para tranquilizarme.

2

—¡Me peleé con una *gorda* de la hostia! —exclamó la skin Marisa, que ahora era mensajera en bicicleta. Tenía las

* [Tu palabra es tu varita mágica] DeVorss & Company, Marina del Rey, California, p. 74.

piernas llenas de cardenales como manzanas podridas—. Justo al final de la manzana, donde hay que subirse a la acera. Y un camión Mack venía lanzado hacia mí y era *totalmente obvio* que yo no iba a ser capaz de evitar al puto camión a menos que frenara con el cuerpo para evitar *de-rrapar* contra aquella mujer. Y le dije ¡Voy, *QUÍTATE!* *Grité* fuerte de verdad: ¡Voy, *QUÍTATE!*, y ella va y dice ¡No! —para imitar la voz de la mujer, Marisa expresó esta negación tajante como el chillido de un pájaro—, y se *para* allí mismo, y yo ¡Perfecto! ¡Voy a por *tí!* Y entonces —soltó una carcajada— la atropello, de frente. ¡Y ella le da un *empujón* a la bici! Le da un empujón de la hostia a la bici y la bici va haciendo eses, y yo voy haciendo eses, ¡y entonces me bajo y le pego un *puñetazo en la cara!*

—¡Así se hace! —gritaron todos, con un entusiasmo de tal brillo y blancura como los del detergente más poderoso. Aquel entusiasmo podría haberse comido los agujeros de las paredes.

—¡Dios! ¡BAM! —gritó Marisa, tan fuerte que el perro se puso a ladrar—. Y yo me pongo a gritar: «¡Zorra, qué *cojones* te crees que haces! ¡Zorra!». Y ella se pone a abrir el bolsito y yo me quedo *esperándola*. ¡Zorra! ¡Zorra! Y ella: «¡Muy bien, te has equivocado! ¡Te has equivocado!». Y un tipo negro se mete entre nosotras, «Vamos, no os peleéis», y yo: «¡ZORRA! ¡PUTA NEGRATA DE LOS COJONES!». Y ella: «¿Y tú sabes llevar esa *porquería* bien?», y yo: «¡Por *sueño!* ¡Y tú eres una *gorda* demasiado asquerosa para que un blanco se folle tu repugnante culo!».

3

Yo nunca le caí igual de bien a Marisa como ella a mí, en parte (supongo) porque yo tenía gafas y no sabía pelear cuerpo a cuerpo, a la manera caballeresca de los skinheads y demás conquistadores de las calles, pero en parte, también, porque mi novia era coreana. Le caía lo bastante bien

como para que se comportara educadamente con Jenny, pues estaba establecido que si alguien era tu amigo no ibas por ahí jodiendo a su pareja, como se demostró cuando Laurie, la chica de Ken, se acercó a Dickie en una fiesta skinhead y le tocó el hombro para pedirle un cigarrillo, y la skin Dan-L apareció de pronto y le aconsejó a Laurie que se quedara fuera de su territorio si no quería recibir una paliza. Por tanto, dado que Jenny estaba en mi territorio, Marisa la toleraba. A fin de cuentas, yo le caía bastante bien a Marisa. Seguramente por eso a veces ella se acercaba y me hacía el desayuno: enormes tortillas de champiñones y queso y panceta y cebollas rojas, mientras que en una sartén secundaria chisporroteaban obedientemente sus patatas fritas caseras, que adquirían el marrón dorado de la piel de Jenny en el preciso instante en que el queso se derretía y los champiñones estaban hechos y el vapor ascendía desde la titánica tortilla como un acorde de un órgano de catedral, y Marisa se ponía a lavar los platos apilados en el fregadero y decía: «Parece que tu novia no te cuida demasiado bien, ¿eh? Menudo follón hay aquí», y yo me quedaba a su lado en el fregadero y me sentía bien porque Marisa estaba siendo *buena* conmigo; y entretanto yo había estado bebiendo whisky directamente de la botella porque estaba hambriento, y el sol se abría paso a través de la bruma y yo me sentía mareado y Marisa negaba con su preciosa cabeza calva y me ponía mantequilla en la tostada. Siempre que se lo pedía, me contaba historias, como la de los Niños Bonitos que sobaban culos en Polk Street y se pasaron al Mundo de las Bragas y después al Ático Sórdido y se convirtieron en los Macarras para así poder morir pronto porque los Macarras eran unos skinheads *duros de verdad* («Casi *todos* los skinheads han muerto ya», suspiraba Marisa, «*todos los buenos*»); y mientras Marisa volvía a la cocina para terminar de lavarme los platos, Thorn, su hermana skin, me contó la vez que estaba en Londres y los fascistas italianos le sacaron un ojo a su novio Luigi, y cuando regresó, Marisa me contó que cuando tenía trece años y vi-

vía en Chicago empezó a salir con un skinhead llamado Sean, que tenía dieciocho o veinte, y a Marisa le encantaba estar en el apartamento del tal Sean, que debía parecer el taller de un armero medieval porque en él había un Camaro desguazado cuyas piezas estaban desperdigadas por los sucios y oscuros aposentos: tapacubos debajo de la cama (eso imaginaba yo), asientos colocados contra las paredes del salón para tirarse a Marisa y a otras chicas a conveniencia, el brillante tubo de escape plateado hecho trizas junto a la puerta para golpear a los enemigos con él, el carburador aprovechado como cesto de calcetines sucios y ropa interior sucia y encima una cazadora de aviador de cuero negro, mientras que el depósito estaría colocado en activo junto a la ventana, todavía lleno de gasolina y listo para ser arrojado como una bomba desde un avión sobre la calle sucia y helada; y presumiblemente Marisa y Sean debían estar constantemente pisando tornillos y el parabrisas estaría en el baño frío y oscuro y mohoso, cubierto de mugre; y habría trozos de chasis colgando del techo del dormitorio de Sean y la batería iría filtrando lentamente sus ácidos a través del suelo; y acabo de llegar a la última de todas las partes de automóvil que conozco (aparte de la correa del ventilador): y Sean también poseía una señal de stop robada que conservaba su base de cemento; probablemente la usaría de perchero. Aunque Marisa no se había convertido aún en Marisa la skin, ella amaba y admiraba al skinhead Sean y se tatuó su nombre en el cuerpo y empezó a desarrollar su potencial secreto agujereándose las orejas media docena de veces y haciéndose cagadas en el pelo, cosas que a la madre de Marisa le trajeron sin cuidado, lo cual constituyó un incentivo para que Marisa se las hiciera porque su madre la trataba como a un bebé; cuando ésta usaba la masa sobrante para hacer un último crepe diminuto, decía: «¡Oh, aquí tenemos un crepe *tamaño Marisa!*», y aquello fastidiaba a Marisa *de verdad*. En aquella época, ir a la escuela también empezó a fastidiarla. Como Sean le gustaba más que el apático trayecto diario de dos horas desde el North

Side al West Side, a través de la nieve fría y sucia, con el viento helado colándose entre el enrejado herrumbroso, aquellas oscuras mañanas de invierno Marisa comenzó a escabullirse en el sótano en vez de ir hasta el autobús y, en cuanto oía el portazo que pegaba su madre cuando se iba a trabajar, corría arriba y se zambullía en su cama calentita y esperaba al skinhead Sean para dejarle entrar y que se metiese en la cama con ella y ver la tele hasta que su madre llegaba a casa al término de la jornada, y entonces Marisa y Sean volvían al feliz apartamento metalúrgico de él. Sean era muy fuerte. Una vez, después de cortar, Marisa estuvo en un concierto de los AOF en el que una banda skinhead llamada The Alive estaba haciendo *¡duaaanggg!* con los bajos, y uno de la banda ligó con ella y Sean le estrelló la cabeza al tipo contra la pared, *¡BAAAAAAM!*, hasta que la sangre salió a borbotones y Marisa pensó que aquello era lo más grande, y luego Sean lo tiró del escenario y a Marisa le *encantó*. Años después conoció a otro Sean en el condado de Marin, cuando ella y Thorn andaban por allí tratando de tirarse novatillos vírgenes, y Marisa, astutamente, apostó doscientos dólares con el nuevo Sean a que ella tenía el nombre de él tatuado en el cuerpo (lo que por supuesto era así). Sean vio la apuesta. ¡Pobre Sean! Como no tenía los doscientos, se encontró bajo la obligación universalmente reconocida de tenerla surtida de hierba de por vida.*

—Venga, cuéntame cómo decidiste convertirte en la skin Marisa —dije, comiéndome mis huevos (los huevos muy poco hechos, me contó Marisa, se llaman «huevos asustados») mientras Marisa y Thorn me hacían compañía en la mesa, Thorn fumando y mirando por la ventana y aplastando las colillas de los cigarrillos dentro de una taza

* Naturalmente, este timo no es tan bueno como el del vagabundo que se te acerca y apuesta contigo que lleva tu nombre tatuado en la punta de la polla *independientemente* de quién seas tú, de manera que evidentemente caes y él se baja la cremallera de los vaqueros y se saca la cosa de un tirón y ahí, encima del glande, como era de esperar, lleva tatuadas las palabras TU NOMBRE.

mientras Marisa bebía té (ella nunca comía lo que cocinaba en mi casa; lo cocinaba sólo para mí).

—Bueno, yo no decidí ser la skin Marisa —dijo—, fue una especie de regalo. —(Ante un comienzo tan notable me quedé boquiabierto y en tal estado de suspense que casi me volví incontinente.)

—¿Y eso? —dije—. ¿Te invitaron ellos?

—Vale. No sé si ya me conocías por entonces, pero cuando salía por Haight Street y tal, yo solía ir maquillada como muy en la onda. En la onda *de verdad*. No sé. Supongo que entonces tenía una actitud muy distinta sobre un *montón* de cosas. Un día, Dee estaba dándole un paseo a Rebelde y eso, ¿vale? Y yo la vi. Y me puse: «Eh, ¿por qué no voy contigo?». Y entonces nos juntamos y nos sentamos en el parque durante horas y hablamos. Ella dijo algo en plan: «¡Pareces una *flipada*, Marisa!». Lo largó de sopetón, y dijo: «Pareces una flipada, y ninguno de nosotros querrá estar contigo si vas por ahí como una flipada». Así que volvimos a su casa y me hizo sentarme, quitó todo aquel maquillaje raro y dijo: «Ahora *sí*. Si quieres rebelarte contra el mundo... sabes, yo también odio el mundo, pero todo viene de dentro, y si lo haces desde fuera, la gente no va a respetarte y nunca vas a conseguir nada de lo que quieras». Entonces me senté y me quité mis estúpidas baratijas y toda esa mierda y los demás skins se pusieron: «¡Muy *bien!*». —Marisa aporreó la mesa—. «¡Tú tienes potencial para convertirte en una *skin!*» —Y de nuevo aporreó la mesa de tal modo que saltaron todos los cubiertos—. Y así fue cómo pasó.

—Al principio debió herir tus sentimientos un poco, que ella dijera aquello sobre tu maquillaje.

—Pues no —dijo Marisa—. La verdad es que yo no tenía ningún motivo para hacerlo. Jamás lo tuve. Simplemente lo hice. Qué coño. Es una de esas cosas, ya sabes.

—¿Te sentiste *diferente* cuando te afeitaste la cabeza?

—¡Pues, *coño*, claro! Fue la leche. Fue la leche de verdad. La gente empezó a tratarme con un poco más de respeto. Dejé de tener los ojos morados cada dos por tres

—se rió—, y Spike empezó a enseñarme a pelear. Fue divertido.

—¿Por qué te ponían los ojos morados?

—Porque donde fuera, la gente me miraba y les parecía que yo era una especie de bicho raro de los cojones y me pegaban en la cara. ¡Era la *hostia* de divertido!

—¿Y tú que hacías?

—Les devolvía los golpes, claro. Pero no tenía ni puta idea de pelear. Y ahora tampoco es que sea la *leche*, pero sé defenderme mucho mejor que antes. Pero mira, ahora preferiría pelear con un *palo grande*. Como anoche.

—¿Qué pasó?

—¿Cuándo, anoche? —dijo con indiferencia—. Pues ya ves, iba buscando a una chica, ¿vale? Hay una chica en Haight Street que es una pánfila total. *Ella es* la flipada ahora, y yo quiero... *hacerla cambiar de idea*. Quiero que lo vea desde *mi* óptica. —Reprimió la risa—. ¡Y voy a hacerlo con un palo!

—¿De qué la conoces?

Marisa y Thorn cuchichearon con desprecio hacia mí por esa pregunta imbécil.

—No la conozco —dijo Marisa con paciencia.

—Sólo sabes qué pinta tiene, ¿es eso?

—Eso. —Las dos chicas rieron.

—Sí —dijo Marisa—. Definitivamente tiene un problema de actitud. Yo estaba flipando *de verdad*. Ella no es nada. Va por ahí con una *chupa* lo bastante grande para poder *vivir* dentro. Y lleva algo tipo IDIOTAS BABOSOS escrito en la manga y todo tipo de mierda punk garabateada por el cuero, y va por ahí y le gusta agarrarse a todos los tíos. Es una pava integral. Una pava absoluta. ¡Así que en mi opinión hay que mandarla al Campamento Skin! ¿Tú cómo lo ves, Thorn?

—Hum —dijo Thorn con voz aburrida por encima de su tostada.

4

Llevaba más de un año siendo pareja de Jenny. Ella no le había hablado a su familia de mí. Que yo fuera blanco era un problema, aunque tanto Jenny como yo nos golpeábamos el uno al otro con cachiporras de la lealtad más pesada siempre que alguno de los dos era tan irreflexivo como para contemplar la posibilidad de dejar que el cariño se alejara como un pez escurridizo. Jenny reía a carcajadas siempre que salía el sol, ya fuera el sol del cielo o el sol menos fiable de mis ojos azul acero pues, como su prima Alice me explicó, hay muchos soles diferentes; para demostrarlo, Alice citó el cuento del gran poeta coreano que se emborrachó frente a Su Majestad y compuso las siguientes líneas: «Veo tres lunas: una en el cielo, otra en tu ojo y otra en tu copa». Cuando Alice se quedaba, Jenny y ella dormían juntas en la cama de agua de Jenny y yo en el sofá del salón, porque aunque ella sabía que Jenny y yo compartíamos normalmente la cama de ella, Alice no había visto *pruebas* fehacientes de que lo hiciéramos; de haberlas visto, habría tenido que contárselo a su madre, con todo lo que ella quería a Jenny y a sabiendas de que ésta sufriría cuando la madre de Alice (que era tan escrupulosa como para meter papel de seda doblado dentro de los zapatos de los miembros de la familia para evitar que acumularan polvo durante la noche) se viera obligada por motivos de conciencia a llamar a la madre de Jenny; en el ínterin Jenny y Alice y la amiga de Alice, Ivy, salieron conmigo a un restaurante coreano de Geary Street; yo me quedé en una esquina de la mesa mezclando la ternera y el huevo crudos en mi frío cuenco metálico de Yuck Hwe Bi Bim Bop, mientras las otras reían y hablaban en coreano y dirigían sinfonías con los palillos, dando la vuelta a trozos de pollo marinado y ternera y tripas en el pequeño grill que la circunspecta camarera había colocado en el centro de la mesa, y la carne chisporroteaba y las llamas amarillas saltaban y nos calentaban la cara; y de vez en cuando Jenny cogía una

hoja de lechuga húmeda y la sacudía sobre el grill para disciplinar las llamas. «¡Ooh!», exclamaba alegremente, sosteniendo otro pedazo de carne humeante. «¡Intestinos!»

Todas las chicas coreanas tenían la boca minúscula y el rostro terso y suave. Cuando Jenny sonreía, su cara era un escudo ancho y dorado. Hablaron de películas que habían visto. «Qué cómica era», dijo Alice. «No me lo podía creer.» «Me dijeron que era malísima», dijo Ivy. «Sólo me gustó el título de la banda sonora», dijo Alice. Hablaron de Richard, el hermano de Jenny, principalmente en coreano, por lo que no pude hacerme con un catálogo extenso de las cualidades que le atribuían, pero, por el modo en que las chicas suspiraban entre los labios fruncidos, me quedó claro que Richard había cometido un error y, por las ocasionales frases en inglés que me llegaron después, poco a poco llegué a entender que se estaba viendo con una chica coreana americana de hábitos caucásicos. «Va en serio con ella», dijo Alice en un melodioso tono de sorpresa. «Pero ella no sabe nada de Corea. Creo que no encajaría demasiado bien con la familia.» Alice me sorprendió mirándola y le dio un bocado serio y circunspecto a su tripa.

5

A veces, cuando Ice estaba demasiado borracho para cuidar de sí mismo, Marisa y Thorn tenían que ayudarlo a mear. Thorn lo apoyaba contra una pared y lo sostenía por el hombro y le agarraba los pantalones por el trasero. Marisa le decía que volviera a meterse la polla en los pantalones, y si él no era capaz de metérsela, ella lo hacía por él.

6

En verano, Jenny me llevaba al norte para poder darse chapuzones en lagos frescos, y me convencía para que yo tam-

bién me metiera, de manera que nos cogíamos de la mano e íbamos internándonos en el agua, tratando de no pisar piedras afiladas, que nos pinchaban los pies de manera casi agradable, como la comida picante; hasta que a Jenny el agua le llegaba a los muslos y se zambullía y seguidamente me zambullía yo y el agua estaba fría y el sol pegaba fuerte y Jenny reía y me llamaba: «¡Venga! ¡Da brazadas grandes! ¡Brazadas grandes!».

7

—¿Has hecho alguna vez ponche de sandía? —dijo Marisa, y como yo dije que no, ella adelantó el torso con aire de confidencia y dijo—: Todo lo que tienes que hacer es coger una sandía, quitarle la corteza y meterla en la licuadora, pero no mucho rato, porque casi todo es agua. No tendrás triturar las pipas. Luego la pasas por un colador para eliminar las pipas y puedes echarle *tanto* alcohol como quieras que *nunca* lo notarás. Está buenísimo.

—Tendré que probarlo —dije.

—¡*Deberías!* —gruñó Marisa con una especie de dureza bronca y amable.

—Donde Jenny y sus guapas compañeras de piso —dije, comiéndome mis huevos asustados; y hubo uno de esos silencios de transición, mientras la skin Marisa volvía en sí y recordaba que yo no era tan puro e íntegro como aparentaba, pues me rebajaba a la vergüenza racial con Jenny, y ella se volvió hacia Thorn y dijo con tono seco:

—Jenny es su novia.

—Oh —dijo Thorn, comprendiendo lo suficiente por el tono de Marisa para tomárselo con una mueca de asco, aunque sin conocer aún la falta de Jenny.

—Y —sonrió Marisa, desenroscando la voz en un sonsonete alegre— ¡a los *cuarenta* tendrá una pinta *asquerosa!*

Me reí, pero cuando ahora recuerdo aquella risa, me parece que fue un tanto insincera, una risa acartonada, mi

imperio del humor ya acribillado por las termitas, y Marisa entró a matar, diciendo:

—¡Te estoy avisando, Bill, déjala plantada mientras tienes la oportunidad! —y le explicó a Thorn mi bochornoso secreto, con los paréntesis que emplean dos personas que hablan de la enfermedad terminal de otra—: (Es oriental.)

—Se lo transmitiré a ella —dije, todavía riendo a mi manera ruidosa e insincera, y Marisa dijo seca y fríamente:

—Hazlo, Bill. Tú sólo hazlo.

8

Di una fiesta y Jenny, inducida por su compañera de piso, Margaret, preparó salsa de alcachofa, pastel de kahlúa, pollo agridulce y otros platos variados; y Marisa y Thorn fueron invitadas. Los otros invitados eran en su mayoría amigos coreanos de Jenny. Marisa, al llegar, exclamó: «Eh, Bill, te he traído un regalo. ¡Estábamos en el St. John's Grill y robamos para ti este cenicero limpio y claro!», y yo me emocioné y le di las gracias con un gran abrazo, pero los amigos de Jenny se pusieron tensos y llevé a Marisa y Thorn a mi habitación, lejos de las bebidas, y cerré la puerta para poder disparar con mi pistola de aire comprimido, y las chicas rieron al ver la diana y chillaron: «¡Es la cabeza de Cougar! ¡Esa es la cara de Rona! ¡Voy a matar a esa guarra!», y Marisa gritó: «¡BRUTAL!». Después de aquello, Thorn y Marisa se quedaron casi todo el tiempo en la cocina, ayudando a Margaret a preparar bebidas, ya que esta fiesta era algo más tranquila que las de los skinheads, que casi siempre empezaban a primera hora de la tarde cuando te ponías las botas y te abotonabas la cazadora negra en plan guapo y ceñido y cogías el autobús al Tenderloin o el Fillmore y allí llamabas a la puerta de un garaje y dos skins petados de músculos te echaban un vistazo y te cogían un dólar para cerveza y uno de ellos te sellaba la mano con el sello de un dinosaurio como confirmación de que habías

pagado, lo que te permitía meterte en el garaje y seguir por un pasaje que conducía a un patio yermo de tierra apisonada con edificios de apartamentos desvencijados por encima, y los skinheads y sus chicas se iban infiltrando en aquel antro y algunos subían por la escalera de incendios hasta el rellano de la primera planta, de la segunda, de la tercera, donde todo estaba oscuro y podrido y en cualquier momento un skinhead podía bloquearte el paso y entonces tenías que ser terriblemente amable para conseguir que te dejara pasar y siguieras subiendo al rellano de la cuarta planta, donde la skin Dan-L bostezaba y se rascaba la cabeza recién afeitada, y Marisa estaba sentada con otras skinheads en la escalera sobre una charca de cerveza que se escurría lentamente por los escalones de manera delicada e indolente, como los meados de Ice, que se sumergían en la cazadora de Marisa y por debajo de la pierna de Marisa y detrás del hombro de la skin Kim y así sucesivamente hasta llegar al océano. La mayor parte del tiempo Marisa no abrió la boca, pues ya iba bastante colocada.* Tenía la mirada perdida en el infinito; alrededor había nubes, ventanas sucias y ropa tendida en salidas de incendios lejanas, y el patio se veía desde arriba como si miraras desde una torre de vigilancia de bajo presupuesto, y allí estaban los skins haciendo cola ante el barril de cerveza para pillar unas Buds en vasos de plástico para ellos, sus colegas, sus chicas; y en medio de aquel patético espacio gris había un patético árbol gris de tres plantas de altura; y los skins cogieron una cuerda y la lanzaron por encima de una de las ramas del árbol y ataron un extremo a una jarra llena de cerveza y lentamente y con mucho cuidado se pusieron a tirar del

* Esto pasó no mucho después de que Marisa perdiera su empleo en la panadería de Castro Street debido a que la propietaria leyó en un informe oficial del gobierno que los skinheads eran racistas y sexistas. ¡Vaya sorpresa! «No tengo nada que decir», dijo Marisa en tono desafiante. «Pues yo no puedo tener trabajando a alguien con esas opiniones», dijo la propietaria, cuyo novio era judío. Marisa le dijo que se fuera a tomar por culo.

extremo libre para subir la jarra hasta que estuvo a una altura de nueve metros, y luego empezaron a balancear la cuerda de un lado a otro mientras tiraban de ella y el péndulo cervecero pasaba zumbando alegremente por encima de las caras de todos, y los skins se emocionaron y se pusieron a tirar fuerte con sus enormes brazos tatuados y la jarra volcó a unos quince metros de altura y llovió cerveza encima de todo el mundo y unas chicas que iban de negro pusieron mala cara y dijeron: «Iros a la mierda», y unos skins rieron y otros ni se inmutaron. Ahora estaban un poco más borrachos y hacían cada vez más ruido. Un tipo se acercó haciendo eses a Nazi Joe y le preguntó de qué talla eran sus botas. Nazi Joe dejó de hablar con sus amigos y se dio la vuelta con bastante lentitud y dijo: «¿Por qué?, ¿quieres robármelas?». ¡Y a continuación le estampó la cabeza al tipo contra la pared y le pegó cinco puñetazos! Al tipo le salió un borbotón de sangre por las orejas. Después de aquello, mi amigo Ken no paró de acercarse a Nazi Joe para preguntarle de qué talla eran sus botas. Nazi Joe sólo se reía, supongo que porque importaba quién se lo preguntara. Al cabo de un rato oscureció y las cosas se pusieron en marcha *de verdad*; Ken se emborrachó y se llevó al sótano a una chica a la que no conocía y se la cepilló contra la pared. De manera que, resumiendo, Marisa y Thorn no estaban completamente a sus anchas en el ambiente más soso desde un punto de vista ideológico de mi fiesta, en la cual Jenny y sus amigas charlaban sobre Macy's y otros asuntos que Jenny acabó olvidando y los demás merodeaban alrededor de la mesa del salón y daban sorbitos del Chivas Regal que Jenny me había comprado en Los Ángeles o, por el contrario, estaban sentados en el sofá y hablaban de nuevos avances en programación informática, como por ejemplo el chip UNIX que iba a salir al mercado de microprocesadores, y yo discutía, con dos de mis ingenieros mecánicos favoritos, la posibilidad de imprimir libros en papel plastificado, y llevé a mis compañeros de universidad Paul y Nancy a mi habitación para enseñarles la edición de 1902

del *Tamerlán* de Poe que Jenny me había comprado por mi cumpleaños por ciento cincuenta dólares, y Jenny se acercó para asegurarse de que me estaba comiendo la comida que me había preparado, y Nancy y yo analizamos cinco libros durante cinco minutos, y después Paul y yo nos tomamos una copa cada uno, y Jenny se tomó otra copa, y yo volví a la cocina para hacerles una visita a Thorn y Marisa y bromear con ellas sobre el tamaño de mi polla. «¡No jodas!», dijeron ellas al unísono, riendo. Yo estaba apoyado contra el frigorífico y ellas contra el fregadero, y yo daba un trago tras otro de tequila y cerveza pero Thorn bebía poco para asegurarse de que Marisa bebiera poco, pues ésta se ponía violenta cuando bebía demasiado. «San Francisco era antes la capital mundial de los skinheads», suspiró Marisa junto al fregadero. «Ahora es tan patética que me dan ganas de vomitar.» Entró Martin, mi compañero de piso, y nos sonrió con inseguridad. Mientras tanto mis otros invitados bebían margaritas y deambulaban en torno a la mesa del salón y se levantaban y se sentaban y charlaban y evitaban a Marisa y Thorn, mientras que Marisa y Thorn los evitaban a ellos; y Jenny bebió Old Bushmill's y se mareó mucho. Thorn me habló de sus dibujos (posteriormente ha sido aceptada por una excelente facultad de arte), y Marisa me habló de cuando perteneció a una compañía de ballet en Australia (que no he visitado nunca y que por tanto disfruto al imaginarla) y dondequiera que fuese no paraba de ligar, lo que le traía sin cuidado puesto que sabía que jamás volvería a ver a aquellos hombres; y de cuando en el Hotel King's Cross de Sidney jugó al strip póker en la habitación de los chicos hasta que volvió la directora y la pecosa Marisa tuvo que ponerse la ropa a toda leche y salir de hurtadillas por el alfeizar de la ventana para volver a su habitación, y la directora la vio y le echó una bronca y Marisa estuvo días bajo vigilancia hasta que por fin llegó un día libre en que los miembros de la compañía podían salir en grupos, pero Marisa dijo que le *den por culo* a esta mierda; hizo autoestop y fue a un merca-

dillo para comprarles a sus amigos de San Francisco unas estúpidas camisetas australianas y la directora la vio entrar furtivamente a la vuelta y también hizo un informe acerca de aquello, pero a Marisa, que en aquel momento llevaba el pelo teñido de rojo y verde y lo tenía corto en algunos sitios y largo en otros (y aún en otras partes casi sólo tenía púas), le trajo sin cuidado porque en el mercadillo se había ligado a un tío *guapísimo*; mientras tanto, adondequiera que viajaran circunvalando aquel continente cobrizo, un admirador más fiel seguía a Marisa en un Rolls Royce color chocolate, y ella se confundía continuamente y trataba de montarse por el lado del conductor en lugar de por el del pasajero, pues las carreteras y los coches de allí iban al contrario que en América, pero lo único que hacía el admirador de Marisa era reír; el tipo tendría unos cuarenta años y la directora, que tenía setenta y dos, se quedó *colada* por él, lo que no le hizo ningún bien a la directora; y seguidamente la compañía bailó en la Ópera de Sidney y otro hombre se enamoró de Marisa y la invitó a cenar, pero la directora la pilló escabulléndose al volver al hotel bien entrada la noche, totalmente hecha un asco, por lo que se le prohibió bailar en las siguientes dos actuaciones y, en la siguiente ciudad, el tipo del Rolls Royce color chocolate le dio a Marisa hierba suficiente para colocar por completo a toda la compañía, cosa que ella hizo y, por consiguiente, tuvieron que suspender la siguiente actuación y Marisa fue expulsada de la compañía, aunque no pudieron enviarla a su casa anticipadamente porque aquello habría costado demasiado, por lo que tuvo que quedarse y se metió en todos los problemas que le dio la gana. Finalmente la compañía tuvo que dejar de alojarla con familias que tuvieran hijos varones. Los australianos *molaban*, salvo por el hecho de que untaban las tostadas con pasta de levadura Vegemite.

9

Durante la fiesta desapareció la cartera azul de Jenny. Ella no lo advirtió hasta el día siguiente porque había bebido demasiado. Jenny era muy descuidada con sus pertenencias, y ya antes había perdido la cartera varias veces. En una ocasión volvíamos a casa tras ver una película y al salir del coche Jenny se dio cuenta de que no llevaba la cartera encima. Volvimos al cine y no la vimos; fuimos al bar donde yo la había invitado a una copa y no estaba allí; a renglón seguido la vimos tirada en medio de la calle, con el contenido milagrosamente intacto. Evidentemente a Jenny se le había caído mientras abría el coche. Por tanto ahora yo estaba seguro de que la cartera aparecería enseguida, pero no fue así. Jenny sufrió un ataque de ira y pánico. Sus llaves también habían desaparecido. Estaba claro que había dejado la cartera y las llaves encima de la mesa durante toda la noche, junto a las bebidas y las patatas fritas.

—¡Han sido tus amigas! —me gritó Jenny al oído—. ¡Fuiste *tú* quien las invitó! ¡Es culpa tuya! ¡Y han cogido mis llaves, por lo que pueden entrar en tu apartamento y en el mío y en el coche! ¡Y tienen mis malditas tarjetas de crédito! ¡Tú eres el responsable de esto! Apuesto a que Marisa está ahora mismo en Macy's, comprándose unos vaqueros. ¡Ah! Tengo un dolor de cabeza que no se me va a quitar. ¡Te dije que no invitaras a esas skins nazis, porque son unas delincuentes!

—Vamos a buscarlas abajo —dije—. A lo mejor las dejaste allí. —En aquel momento, todavía convencido de que la cartera aparecería en cualquier instante, no comprendía del todo lo enfadada que estaba Jenny. Preferí considerar su ridícula imagen de la skin Marisa yendo a Macy's.

—En este caso me acuerdo clarísimamente —insistió Jenny—, porque lo que pasó fue que me dejé la cartera en el coche y luego subí directamente a tu habitación, pensando que la llevaba encima, pero como no era así, volví y la cogí, y me senté y la dejé ahí. A lo que voy: los únicos

sitios donde podía haberla dejado eran la cocina o el salón. ¿Quién ha sido si no? ¡Tienen que haber sido tus malditas amigas skinheads!

—Ellas no harían algo así —dije yo.

—¡Te trajeron un cenicero robado! —chilló Jenny—. Puede que a ti no te robaran, pero a mí no me conocen. Por lo que a mí respecta, puedes ir olvidándote de mí si vuelves a verlas de nuevo. A veces te detesto muchísimo. No sé por qué salgo contigo. Nunca te has preocupado de mí. Te importan más tus amigos criminales. Y lo peor es que apuesto que te alegras de que me hayan robado la cartera y las llaves. Te lo aviso, no quiero que vuelvas a ver a esas malas personas jamás.

—Jenny —comencé, pero ella me pegó y dijo—: ¡No me digas Jenny así! Ellas tienen mi cartera y mis llaves. ¿Qué voy a hacer ahora? Quiero que busques por toda la casa otra vez. Mira en la basura. Tal vez alguien haya tirado las cosas ahí por error. Esta noche no voy a poder dormir.

No encontramos la cartera.

—Te dije que esas eran así —dijo Jenny—. Más te vale que me prometas ahora mismo que no vas a volver a ver a esos skinheads.

—No —dije.

—Entonces jamás volverás a verme a mí —dijo Jenny, mientras por su mejillas llenitas y doradas le caían las lágrimas. Jenny no quiso decir literalmente lo que dijo; únicamente dijo lo peor que se le vino a la cabeza.

10

—Al principio me parecieron muy divertidas —dijo Martin, mi compañero de piso, preparándose para adoptar las opiniones de los de su clase—. Pero luego, cuando caí en que hablaban en serio, resolví que intimidaban un poco.

—No creo que hayan sido ellas —dije yo.

Pero Martin estaba seguro de que habían sido ellas.

11

Hay ocasiones en que reconocemos que algo ya no va bien o se ha acabado, pero ese reconocimiento trae aparejada la premonición angustiada de sus implicaciones, como si de pronto notáramos que el suelo se disuelve bajo nuestros pies y que debajo hay oscuridad y lodo y bichos rastreros, y nuestro deseo de volver al consuelo de tierra firme es tan grande que conservaremos aquello que no va bien, con la intención de que vaya bien otro día más, unos miles de pasos más, porque no queremos pensar en el agujero oscuro que nos aguarda, y si *podemos* retrasar el desplome del suelo, sin duda lo haremos. Yo me había sentido muchas veces de esa manera respecto a mi relación con Jenny, y así me sentí ahora a propósito de su desconfianza con mis amigas. No me podía creer que Marisa se hubiera llevado nada, y tampoco me podía creer que nadie se hubiera llevado nada.

Jenny apenas durmió durante dos noches. «Esas skinheads, esas skins», dijo, «me pregunto si me desaprueban. Me pregunto si me odian porque soy asiática. A lo mejor quieren hacerme daño. O sea, ¡son nazis!» Yo no le había contado lo que las skinheads habían dicho de ella, pero aun así ella sabía que, una noche de aquel mes o del siguiente, cuando hubiéramos olvidado el episodio, Marisa se acercaría sigilosamente a la puerta y la abriría con las llaves robadas, y entonces Dickie y Mark Dagger y Chuckles y Blue y Yama y Hunter y Dee y Spike y Nazi Joe y Ice y Dan-L entrarían a la carga por la escalera y Dagger destrozaría la barandilla de una patada con sus botas nazis y Yama reventaría el cristal con cortinas de la puerta de la habitación de Margaret y empezaría a golpearle la cabeza a Margaret con una silla y los demás irían a la habitación de Jenny y nos encontrarían a ella y a mí durmiendo en su cama de agua y Dickie rajaría la cama con la tapa afilada de una lata y los skinheads nos chillarían: «Muy bien, ¿dónde está el dinero? ¿Dónde está el dinero?», y Marisa me diría que tenía un minuto para irme y abandonar a Jenny a su suerte, y des-

pués Yama la golpearía en la cara y diría: «¡Cállate, zorra! ¡Vamos a coserlos a navajazos a todos!», y Chuckles y Blue se nos mearían en la cara y Ice se pondría a desarmar el estéreo del salón con delicadeza.

12

Pasadas dos semanas, Jenny comenzó a resignarse. Ambos aceptamos cerrar su puerta y la mía con candados que nunca antes habíamos utilizado, y para los cuales Jenny no había tenido llaves. Aún tenía la cara hinchada de llorar. Para Jenny, a quien le gustaban las cosas limpias y ordenadas y organizadas a pesar de su propia negligencia, la pérdida de la cartera implicaba un desastre estético así como un riesgo para la seguridad.

—Ojalá la hubiera extraviado —dijo, afligida—, aunque lo cierto es que daría lo mismo, porque aun así tendría que soportar todo este rollo. Ya han pasado muchos días. Consígueme una tarjeta de crédito nueva. Llama por lo de mi permiso de conducir. Yo anularé mi tarjeta de Macy's. Venga, hoy quiero que comas bien y voy a prepararte la carnecita de mamá. Prométeme que comerás bien. ¿Lo prometes? ¿Quieres nuggets de pollo congelados?

Al rato estaba tarareando una canción coreana sobre campos de cebada.

13

Entretanto, Adam, el otro hermano de Jenny, vino de visita. Era un muchacho joven delgado y seguro de sí mismo al que le gustaba ponerse camisas polo. Jenny lo adoraba y siempre lo telefoneaba en llamadas de larga distancia a altas horas de la noche para darle consejos que no tengo claro que él siguiera de un modo coherente. Todavía llevaba adherido el semblante de hermano pequeño. Él y sus ami-

gos de Yale trajeron un cubo de almejas gigantes que habían recogido en la playa. Jenny las echó al fregadero inmediatamente y se puso a restregar las conchas con un estropajo de acero y jabón para librarlas de todo germen subversivo; en el mundo de Jenny, como en el de Marisa, todo ser extraño debía ser esterilizado. Hirvió las más grandes, que suspiraron fútilmente por sus sifones exteriores; las demás las metió en el congelador durante cinco minutos para debilitarlas de manera que sus abductores insensibilizados no fuesen capaces de resistirse a mi cuchillo; fatigadas ya por el largo viaje anoceánico en el maletero del coche de Adam, se entreabrieron y se rindieron con facilidad a su sentencia sushi. Las coloqué en un plato y las puse delante de Adam, quien estaba sentado en la mesa del comedor riendo ruidosamente con sus amigos, muchachos que era obvio que lo respetaban como su líder, de la misma forma que Izutsu y Sagara respetaban a Isao en *Caballos desbocados*, la novela de Yukio Mishima, porque Isao iba a convertirlos en extremistas de derechas y tras ello alcanzarían la divinidad al abrirse el vientre de un tajo en un arrebato espiritual que probablemente haría que el sol les explotara tras los párpados cerrados; imagino que las almejas de Adam se sintieron de esta manera cuando las hendí para abrirlas; sin embargo Adam las aceptó sin mirarlas ni a ellas ni a mí y se las pasó a sus discípulos, los cuales exclamaron: «¡Adam! ¡Adam!», y Adam le dio a Jenny una almeja, después se comió él una y de nuevo se las pasó a Izutsu y Sagara, quienes sin duda estaban aprendiendo a alcanzar la divinidad en Yale con él.

—Bueno, Adam, ¿necesitas algo? —dije.

Él siguió charlando con sus amigos. Pero cuando me vio en la cama de Jenny, se le desencajó la mandíbula, negó despacio con la cabeza y salió, dejando la puerta de la habitación entornada, y al día siguiente, antes de marcharse a su casa, pegó una nota en coreano en la puerta de Jenny. La nota decía: «Hermana mayor: Estoy muy decepcionado con tu novio. Me avergüenzo de ti. Por favor, piensa en

madre y en la abuela». ¿Cómo explicar la repugnancia que los colores del arcoíris sienten los unos por los otros?

En camisón, mordisqueando un melocotón lleno de jugo, Jenny se sentó en la cama de agua y llamó a Adam. Yo la había obligado a hacerlo.

—Llegaré tarde —dijo—. ¿Puedes hacerme un favor? Dile a la abuela que no duerma en mi habitación. Margaret y yo dormiremos ahí. Otra cosa. Alquilame un par de películas. Y dile a mamá que se lleve el coche grande al trabajo. Y dile a Richard que no salga con el coche grande temprano. —Se envolvió en las mantas—. Y además, no puedo pasar sin decirte esto, pero has sido muy grosero con esa carta. ¿Qué quieres decir con una opinión sincera? Y fuiste muy maleducado. Él no paraba de hablarte, de ser amable contigo. Te comportaste como un mocoso. ¿Qué quieres decir? Adam, en serio que tienes que comportarte. ¿Qué es una opinión sincera? No. Escúchame. Escucha. Bill es mi novio y tú tienes que... ¡Adam! ¡Escucha! ¡Escucha! ¡ESCUCHA! Dices que me quieres, pero si es así tienes que respetar... ¡Escucha! ¡ESCUCHA!

»Adam, no comprendo por qué piensas así. Quiero saber por qué motivo tienes esas opiniones. Tienes que argumentar tus opiniones. No, tienes que ofrecer un motivo razonable. No puedes decir sin más que no te parece bien. Adam. Adam. ¡Adam! Sé que estás molesto. Pero no puedes comportarte basándote en primeras impresiones. ¿Qué opinas ahora? ¿Qué opinas ahora? Mira, no le conoces y has dicho cosas que me han hecho mucho daño. Quiero entender por qué escribiste esa carta, por qué te comportaste de esa manera. ¿Nada más que por la apariencia? ¿De qué manera? ¿Qué quieres decir con que no te acuerdas? No te estoy criticando, te estoy preguntando tu opinión. ¿Sólo porque uno es diferente? En esa nota que escribiste ponía que te avergüenzas de mí. ¿Por qué, por qué, por qué, *por qué*? ¿Qué tipo? ¿El suyo? Él no te ha hecho nada.

Dio lugar a que su hermano menor llorara por teléfono (lo cual me satisfizo), pero aun así él siguió odiándome.

14

Si esto hubiera sido un relato chejoviano o un cuento de Maupassant, la cartera azul habría terminado por aparecer, demostrando con su resuelta negativa a estar en cualquier otra parte que todas las sospechas habían sido cosificadas hasta el punto de la destrucción lógica y moral, y por tanto ahora, mientras todas las cadenas de pensamientos se nos retorcían dentro del cerebro, y los pequeños homúnculos reducían la marcha de los pensamientos para aprovechar al máximo la capacidad mecánica en un fútil intento de arrastrar los bloques de confianza cargada de plomo de vuelta a un lugar seguro, aquellos corruptos conceptos metálicos colgarían por encima de la cumbre de esa catarata negra por la que finalmente acaban bajando todas las cosas, y los homúnculos pondrían toda su pequeñez en el esfuerzo pero las cadenas entrechocarían entre sí y la confianza bajaría dando bandazos por la catarata y caería en la espuma y jamás volveríamos a verla, pero ahí estaría la cartera azul para recordarnos lo limitado de nuestras existencias.

En efecto, al final encontré la cartera azul de Jenny. Se había caído dentro de una bolsa de papel bajo el escritorio del salón, junto con las llaves.

Fuimos a ver otras películas y Jenny se sentó arrobada con los nudillos pegados a las mejillas, llorando de felicidad ante el espectáculo de una desintegración romántica recién imaginada.

15

Un mes antes del decimoséptimo cumpleaños de Marisa, Jenny y yo nos la encontramos en una fiesta en Haight Street. En la puerta ponía: **CHICAS SKIN DE S.F. - ¡TE ROBARÁN EL DINERO, EL ORGULLO Y TU HOMBRE!** Marisa ya no trabajaba de mensajera en bicicleta porque había ido pedaleando hasta una torre de oficinas del Bank of America con un mensaje

urgente, y una secretaria o una niñata ejecutiva la había mirado de arriba abajo en plan despectivo y por tanto Marisa la había llamado zorra o probablemente zorra asquerosa, y la zorra se había quejado y el servicio de mensajería había perdido la cuenta del B. of A. y por consiguiente Marisa había sido despedida. Jenny y yo estábamos sentados en el sofá escuchando a las Supremes en plan «¡Ba-by, ba-by! ¡Adónde se fue nuestro amor!», a un volumen idóneo para que las brutales vibraciones nos atravesaran la membrana timpánica y llegaran al laberinto óseo y por tanto a la cóclea y nos causaran un daño importante; y Jenny intentó sacarme a bailar.

—Ven a bailar —dijo ella.

—No me apetece —dije yo.

—Por favor, baila conmigo —dijo ella.

—No —dije yo.

Marisa entró en el salón y se puso a bailar sola, con un aspecto muy suave y peludo con su jersey y la aterciopelada pelusilla gris de la cabeza; tenía los ojos cerrados y no paraba de bailar sobre la alfombra, y Jenny dijo con ironía: «¡Marisa! ¡Tira de él y haz que baile! Nunca lo he visto bailar», y Marisa se acercó, fijó una mirada inexpresiva en la cara de Jenny y dijo con un tono frío: «Y nunca lo verás».

Para Jacob Dickinson y Janis Kibe Dickinson